

EN BUSCA DE LOS DISCOS PERDIDOS

PREFACIO

Piensa en la primera canción que significó algo para ti.

No me refiero a una canción que tuviera una melodía pegadiza y que te sabías porque la emitían por la radio incesantemente, y te ponías en plan «adoro esta canción», por mucho que lo dijeras como cuando la gente dice «adoro los helados», que es lo que la gente siente por los helados cuando está en proceso de comerse uno. Claro que los helados no son algo en lo que pienses despierto hasta tarde. No discutes sobre el significado profundo de los helados con tus amigos. No te obsesionas con los helados porque crees que los helados te comprenden de maneras en que no pensabas que fuera posible ser comprendido. Nadie dice: «Este es el helado que quiero que se coma en mi funeral».

Estoy hablando de la clase de música que te cala hasta los tuétanos, que se incorpora a tu flujo sanguíneo y se convierte en parte de tu ADN. Me refiero a la canción que se te quedó grabada cuando te sentiste abandonado o incomprendido, y de la que estás bastante convencido de que fue escrita específicamente para ti. Cuando oyes a gente decir: «Yo también amo esa canción», te limitas a sonreír con suficiencia. ¿Qué sabrán ellos del amor? Su relación con la canción es como un rollo de una noche —una aventura de verano, en el mejor de los casos—, pero tú y tu canción... sois almas gemelas.

Cuando la gente te viene con esa perogrullada de pregunta: «¿Qué diez discos te llevarías a una isla desierta?», esa es la primera canción que mencionas, porque estás bastante seguro de que podrías pasar el

resto del tiempo que te queda en la Tierra escuchándola una y otra vez, mientras recoges leña para el fuego y cazas animales con lanzas que has fabricado chapuceramente y enloqueces poco a poco. Esa canción, esa disposición particular de notas y de palabras, sería todo el consuelo que necesitarías mientras murieras solo en esa playa. Pero no lo dices. Simulas que es una pregunta complicada y que es la primera vez que te la planteas, y sueltas algo del tipo, «mmm, déjame que lo piense». Intentas mostrarte completamente natural y relajado, simulando que los sentimientos que te despierta la canción no son tan extraños, que escucharla no te hace sentir automáticamente como si estuvieras menos solo en el universo, ni como si supieras que si la canción no existiera, algo dentro de ti sería diferente.

Piensa en esa canción ahora mismo. Cierra los ojos y deja que sus familiares acordes surquen tu cabeza.

¿La tienes ahí? ¿La escuchas? ¿A qué huele?

Igual para algunos de vosotros lo que acabo de preguntar no tenga sentido y penséis que he dicho una estupidez. Está bien. Sois de una generación que solo conoce la música como algo digital, no como algo que se pueda tocar o abrazar. Para vosotros la música no es algo físico. Está en el éter. Está en una pantalla y tiene que ser compatible con bitstream. Todo va de megabytes y gigabytes y algoritmos de compresión. Tiene que poder descargarse, escucharse en *streaming* o almacenarse en una nube.

Hasta no hace mucho había dos formatos de audio: «Esto suena bien» y «qué va, esto suena como un disco de Alvin y las ardillas». Eso era todo lo que necesitabas saber. Ahora, cuando consigues música nueva, te preguntas: «¿Me hará falta un codificador LAME de MP3 para escuchar esto?». O «¿tiene suficientes kilobytes? ¿Solo 128? ¡No aceptaré nada que esté por debajo de los 640!».

MP3 O M4A O WMA O AIFF O OGG, no importa cuál sea tu formato de referencia... Porque no huele a nada. El dispositivo que reproduce tu música —tu iPod, tu laptop o lo que sea—, puede que *eso* quizá sí huela a algo. Claro que olerá a lo mismo por mucho que escuches a los Foo Fighters o a Jay-Z. Nunca tendrá el olor distintivo de una canción o de un disco.

Los discos son otra cosa. Son objetos físicos. Grandes, aparatosos e incómodos y que se dañan con facilidad. El vinilo es como una piel que va mutando para bien o para mal durante toda una vida.

La piel se daña, ya sea intencionadamente o por accidente —se quema o se tatúa o se estría—, pero siempre retiene algo de su carácter original. Es la misma piel, solo que un poco más erosionada por la vida.

Algunos de esos discos —seguro que los buenos— poseen un olor intransferible. Puede que huelan como la playa. O como la colonia de tu padre. O como cuando te compraste los grandes éxitos de Elton John por dos dólares en un mercadillo del Lion's Club en 1977 en un edificio recientemente rehabilitado, un edificio que había sido una fábrica de procesamiento de cerezas, e incluso diez años después, el disco sigue oliendo a cerezas.

Ahí va otro. *The Stranger* de Billy Joel. No consigo mirar la portada del disco sin oler a *Obsession* de Calvin Klein.

A mitad de los ochenta, a mi abuela le diagnosticaron un cáncer en la vesícula biliar. Mis padres volaron a Nueva York para la operación, y a mi hermano y a mí nos mandaron a casas de amigos de la familia. La familia que me acogió a mí tenía una hija, Debbie, que era como dos años mayor que yo y que era atractiva de una manera casi injusta. Que hubiera una mujer que se parecía a ella en un videoclip de Whitesnake era una cosa, pero que realmente existiera sobre la Tierra, que pasara a tu lado por el pasillo de la escuela, que te recordara hasta qué punto puedes tener tus fantasías enfrente y a un millón de años luz al mismo tiempo, eso era un marrón.

Recuerdo cuando me dejaron en su casa. Sus padres me llevaron hasta su habitación y me dijeron, «aquí es donde dormiréis». Y yo me quedé sentado allí, en su habitación, completamente fascinado, porque, Dios Santo, estaba en su dormitorio, en el lugar donde dormía, probablemente en ropa interior.

Me abalancé sobre sus discos, simplemente porque tenía que hacerlo. ¿Qué escuchará una hermosa mujer cuando está tumbada en su habitación apenas cubierta por su ropa interior sexy? El primer disco que saqué fue *The Stranger* de Billy Joel. Nunca había escuchado nada sobre aquel disco, pero la portada era increíble. Joel está sentado sobre

una cama, enfundado en un traje, sin zapatos, contemplando una máscara teatral blanca tendida a su lado. Unos guantes de boxeo cuelgan de la pared. Era obscenamente pretencioso, pero para un chaval de trece años que todavía conservaba toda su colección de muñequitos de *Star Wars*, Billy Joel parecía un tío ultracomplejo y profundo.

Anoté mentalmente que tenía que ponerme más trajes y comprarme unos guantes de boxeo.

El disco tenía su propia e inconfundible fragancia. Fui incapaz de ponerle un nombre a esa fragancia hasta décadas más tarde, cuando la chica con la que quedé en una cita a ciegas iba perfumada con *Obsession*. Cuando nos estábamos liando, aspiré profundamente su cuello y le dije: «hueles como el *Stranger* de Billy Joel». (La cosa no terminó bien.)

No estoy seguro de cuánto tiempo llevaba sentado allí, oliendo su *Stranger*, cuando la puerta se abrió de golpe y tras ella irrumpió Debbie.

—Ey —dijo resplandeciente—. Estás aquí.

—Sí —respondí yo mirándola como si fuese un oso negro que acababa de aparecer en mi campamento.

Ella asintió y se me acercó.

—Esto va a molar —dijo.

Yo no tenía ni idea de a qué se refería. Recuerdo pensar, «¿molar? ¿Qué tiene esto de molón? ¿Y por qué la tengo tan cerca? ¿Acaso espera que haga algo? ¿Quizá que la bese? Oh, Dios, ¿debería besarla? Por supuesto que debería besarla. No podría estar más claro. Por supuesto que voy a besarla».

No la besé. Y no volví a hablar con ella durante toda la semana que pasé en su casa. Es posible que perdiera mi oportunidad. Y todavía es más posible que ella me hubiese confundido con otro chico y que fuera demasiado educada como para decir nada cuando se me acercó lo suficiente como para percatarse.

Al final me compré el disco de *The Stranger*. Pero no era lo mismo. Las canciones en general sonaban parecidas, pero les faltaba algo esencial. No incorporaban a una tía buena a la que oler.

Ahí va otro disco cuya inconfundible fragancia se ha convertido en algo mítico para mí. El *Let It Be* de los Replacements, que se publicó en

1984, y que yo adquirí por primera vez en 1986 y acabé por vender en 1999. Durante la mayor parte de su existencia utilicé la funda del vinilo como algo más que una cubierta protectora: hizo también las veces de caja fuerte de mi alijo de marihuana.

Es increíble que alguna vez creyera que me estaba saliendo con la mía. Creo que mi razonamiento era que si alguien —mis padres, los agentes de la DEA que registran dormitorios de adolescentes aleatoriamente— tuviese la delirante ocurrencia de que los chavales se dedican a esconder marihuana en las fundas de los discos, la buscaría entre los títulos más obvios. Probablemente la buscaría en mis discos de Cypress Hill. O en los de Grateful Dead. O en el *Legend* de Bob Marley, que guardaba claramente a la vista en mi armario como maniobra de distracción. A nadie se le pasaría por la cabeza jamás mirar en ningún otro sitio. Dirían algo en plan, «oh, no pierdas el tiempo buscando en esos discos de los Replacements. Le daban al alcohol, no a la marihuana». Porque, obviamente, tanto la DEA como mi madre habrían estudiado a conciencia los estupefacientes predilectos de mis músicos favoritos.

Nunca me pillaron, y no fue precisamente porque el *Let It Be* fuera un escondite brillante. Obviamente, a nadie le importaba que fumara marihuana.

No he dejado de escuchar esas canciones. He tenido el *Let It Be* en varios formatos. Tenía tres copias en CD y numerosos archivos en MP3 de sus canciones, que sincronicé a demasiados iPods, iPads, nanos, minis y *shuffles*. Las notas son las mismas, la voz suena familiar, pero ya no la siento como mi música. Para empezar, ya no hay rastro del olor. Y las rayadas, vaya, las rayadas ya no existen. Son lo último que esperarías echar de menos. Pero yo echo de menos esas rayadas más que ninguna otra cosa.

Las rayadas importan. No son solo una imperfección. Algo significativo sucede cuando se producen. Algo se queda grabado en los surcos. Algo importante se ha convertido en parte de tus antecedentes personales. Y la canción es tu testigo, el testimonio de los momentos culminantes de tu existencia: te echó su mano proverbial cuando tu vida era una mierda, o te ofreció algo que bailar cuando hubo algo que celebrar. La canción, sí; aunque más significativamente el objeto físico de la que

salía, que te acompañaba, que tocabas y al que te aferrabas, y que contemplabas dar vueltas y más vueltas mientras escuchabas cómo creaba esa música que sentías como la única cosa que te mantenía con vida. No era solo el mensajero. Era tu compañero. Tu cómplice.

Si lo vieras de nuevo —aquel disco, aquel disco en particular—, ¿lo reconocerías? ¿Sabrías que es el tuyo?

Si fuera uno de mis discos me gustaría pensar que lo reconocería. Incluso si ha estado guardado en un sótano húmedo, o bajo un aparato de aire acondicionado que gotea. Sé dónde están todas las rayadas; se las infligí yo mismo. Conozco cada siseo y cada chasquido. Reconocería mis discos como las palmas de mis manos.

Durante los meses posteriores a la muerte de mi padre, en 1999, tuve la fantasía recurrente de que había fingido su ataque al corazón. Quizá lo hizo para esfumarse y evitar pagar los impuestos atrasados, o a lo mejor para huir con su amante. Sea como fuere, la fantasía era reparadora. Fue el bote salvavidas al que me aferré durante su funeral, lo que mantuvo mi cabeza por encima del agua, lo que evitó que me ahogara en la tristeza. Me lo imaginaba en algún lugar de Nueva Orleans, con el pelo mal teñido y con bigote, viviendo como un buscavidas, de motel en motel, con su amante brasileña.

A veces, cuando sueño despierto, me veo paseando por el desfile de Mardi Gras en Nueva Orleans y le veo en la distancia, apurando el último trago de su cerveza Hurricane antes de besar el cuello de... ¿Cómo podría llamarse? ¿Rosario? ¿Yolanda? Y entonces nuestras miradas se encuentran, y yo sé que él sabe que sé que es él. Y él me sonrío de aquella manera frágil que dice, «lo siento, hijo. Siento no haber estado más cerca de ti durante los últimos quince años, y siento haberme perdido tanto de tu vida. Te quiero más de lo que te puedas llegar a imaginar y desearía no haber tenido que huir, ¡pero la vida es corta!⁴ Algún día lo entenderás».

Y entonces, pum, ya no está. Desaparece entre la multitud. Yo le persigo, me quito de encima al gentío que se interpone en mi camino, tropiezo con juerguistas enmascarados y me escurro entre tipos en

4. En castellano en el original. [N. del T.]

zancos y les derribo las copas a los turistas, y corro y corro y corro, envuelto por las carcajadas gozosas y la celebración. Sé que nunca le encontraré, pero de alguna manera me parece bien saber que todavía corre por ahí, que todavía respira el mismo aire húmedo que yo, y que al menos ahora es consciente de que nunca me engañó con la treta esa del ataque al corazón a los sesenta.

De la misma manera que reconocería los ojos de mi padre en el desfile de Mardi Gras, reconocería mi copia del *Let It Be* de los Replacements; el mismo disco que me acompañó durante mi pubertad, durante años de demasiadas novias y durante años de una soledad que me dejaba el estómago hecho un guiñapo; años en los que mi ego parecía a menudo algo ensamblado a fuerza de cinta adhesiva y de chapuceros riffs de punk. Si lo viera otra vez, sabría que es el mío. Y no solo porque olería a marihuana.

Por supuesto que lo reconocería. Suponiendo que alguna vez volviera a estar en la misma habitación que el disco, sería imposible que no lo reconociera. Pero esa no es la parte más dura. La parte más dura sería encontrarlo de nuevo, teniendo en cuenta que lo vendí cuando era un veinteañero. Han pasado muchas cosas en mi vida desde que me deshice de él. Me casé, conseguí mi primer trabajo decente, enterré a mi padre, casi me divorcio y me convertí en padre. Sería casi ridículamente imposible, pero quién sabe, si lo buscas durante el tiempo necesario, y si lo buscas lo suficientemente a fondo y te niegas a rendirte, quizá entonces lo encuentres de nuevo. O quizá encuentres a tu padre muerto en el desfile de Mardi Gras. Aquello que pensabas que habías perdido para siempre, la parte de ti que desapareció sin más, que se esfumó cuando te descuidaste, si a lo mejor la persiguieras, si siguieras corriendo tras sus pasos hasta encerrarla en un callejón sin salida, conseguirías recuperarla.

Claro que, ¿y entonces qué?